

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, SETIEMBRE 15 DE 1874.

{ NUM. 68.

LA INFANCIA.

1533.

El sol doraba con sus primeros rayos el hermoso cielo de Italia, y todo en la naturaleza respiraba felicidad, porque un día sereno de la estación templada es un día feliz. Las flores se mecen graciosamente á impulsos de una brisa ligera, cada hojita de yerba sostiene su gota de rocío, y la mariposa, desprendiéndose del cáliz de las rosas, continúa alegre su incierta carrera.

Un rebaño estaba pastando en la verde campiña de Roma, y el guarda de este rebaño era un niño que estaba leyendo, sentado á la sombra de un árbol. Véanse también á lo lejos otros pastores dirigiendo su ganado, aldeanos que iban á la ciudad con cestos atestados de fruta, y se escuchaba también el sordo mugido de las vacas, que de vez en cuando pasaban por el fondo del paisaje. Era en fin la vida italiana con sus escenas variadas; y si el pintor Claudio de Lorena se hubiera encontrado allí, hubiera tenido gusto especial en reproducir aquella naturaleza á la vez sencilla y espléndida, á la vez melancólica y risueña.

Venia por el lindero del camino un venerable fraile francisco en actitud pensativa; de vez en cuando dirigía miradas inquietas alrededor, y al fin

se paró en medio del camino con aire indeciso. El pastorcillo, que habia abandonado su libro por mirar al buen religioso, se levantó y fué corriendo hácia él para decirle:

—Padre mio, me parece que no sabeis bien el camino..... ¿Si quereis que yo os le enseñe?

—Con mucho gusto, amiguito, yo voy á predicar la cuaresma en Ascoli.

El pastorcillo, llamando á uno de sus camaradas, le pidió por favor que cuidara del rebaño por una hora poco mas ó ménos, y despues, volviéndose al fraile francisco, le dijo:

—Ahora, fíese su paternidad de mí. ¿Vais á predicar la cuaresma en Ascoli? Pues bien, yo os acompañaré hasta el mismo pueblo.

A pesar de que el religioso lo rehusaba, Félix Peretti, que este era el nombre del pastorcillo, se empeñó en servirle de guía. Por el camino, como era natural, trabaron conversacion, y Félix contó al religioso, que su padre, que no pasaba de ser un cavador de viñas de la Marca de Ancona, tenía además muchos hijos, por lo que habia tenido que ponerle á él á guardar los rebaños de un rico labrador, y concluyó diciendo, que él se alegraría mucho mas de que su padre fuese un gran señor que no un simple jornalero.

Esta ingénuo manifestacion hizo sonreir al fraile francisco, que dijo afectuosamente al niño:

—Tus inclinaciones no me admiran, amiguito, porque en tu edad todo lo que brilla, seduce. Tú envidias á los niños ricos sus hermosos vestidos y sus placeres, dia llegará en que conozcas que estas cosas engañadoras no constituyen la felicidad. No se puede llamar feliz al que viste suntuosamente y no carece de ninguna diversion. Estas cosas que tanto alucinan desde lejos, se hacen una costumbre para las personas que viven en el seno de la opulencia, y esta costumbre degenera bien pronto en fastidio. Créeme, los paseos á pié y en campo raso son mas provechosos á la salud que los paseos en coche por la ciudad, y un almuerzo frugal, compuesto de leche y de frutas, ménos perjudicial al estómago que todas las golosinas de la repostería. ¿Será regular que los niños anden con jubón de terciopelo y calzas atacadas? ¡Cuánto mejor les está el llevar un vestido holgado y sencillo con el que pueden trepar impunemente á los árboles, saltar de un lado á otro de las zanjas y entregarse á todos los ejercicios que fortalecen el cuerpo!

—Sí, padre mio, todo eso es verdad, contestó respetuosamente Félix; pero esto no quita el que yo desee ser hijo de un gran señor, no para ir muy ma-

jo y para comer golosinas, sino para tener maestros que me enseñasen á escribir en esas grandes hojas de pergamino, y me contasen la historia de los tiempos pasados.

—¿Tanto te gusta estudiar?

—¡Que si me gusta! ¿Si supiérais la vergüenza que tengo de ser tan ignorante, y la pesadumbre que me dá cada vez que me acuerdo de que toda mi vida se ha de pasar entre las ovejas? Ya he procurado instruirme y utilizar lo poco que entiendo de lectura, pero todo se reduce á leer todos los dias de Dios el único libro que tengo. ¿Queréis que os le diga de memoria?

—¡Pobre niño! Tus buenos sentimientos me interesan, y así, desde ahora en adelante, considérame como á tu protector. Vuelve á casa de tus padres y pídeles licencia para entrar en el convento de San Francisco; y si te la conceden, no tienes mas que ir y preguntar por el padre Antonio, seguro de que serás bien recibido. Adios, Félix, te doy las gracias por el favor que me has hecho, y te pronostico que no se quedará sin premio, porque una buena accion nunca queda sin recompensa. Adios, y hasta la vista.

Al decir estas palabras, el fraile francisco despidió á su guía, y se dirigió á su convento que ya estaba á la vista. Félix, dando gracias á Dios por el protector que le enviaba, se volvió muy contento á cuidar de su rebaño, hasta la hora de ir á casa de sus padres.

Poco tiempo despues, un niño llamaba en la portería del convento de San Francisco. Fué recibido con el mayor entusiasmo, y desde entónces fué el discípulo favorito de los buenos religiosos.

LA JUVENTUD.

El tio Gerónimo, hábil maestro de obra prima, se hallaba una tarde tomando el fresco á la puerta de su tienda, cuando vió acercarse hácia él un pobre estudiante de la órden de San Francisco. Era Félix Peretti, que ya era un jóven muy aplicado. Saludó al zapatero y le dijo con timidez:

—Maestro, queria un par de zapatos.

El tio Gerónimo, que no deseaba mas que despachar su obra, introdujo cortesmente al jóven en la tienda, le hizo sentar en un taburete, y sacando de la anaquelera varios pares de zapatos, se los presentó para que escogiese. Félix no tardó en probarse unos que le venian pintados.

—¿Cuánto valen? preguntó.

—Siete julios, (especie de moneda del país.)

—Seis julios os daré, y negocio concluido.

—Siete julios, es precio fijo.

—Pues, si os he de hablar francamente, yo no tengo mas que los seis. Dejádme llevar los zapatos en ese precio, que el otro yo os prometo que no os faltará.

—Me conformo: creo que no tengo mi dinero perdido y aguardaré por él, aunque tenga que esperar hasta que seais Papa.

Al oír esta expresion, la sonrisa se pintó en el semblante de Félix, que al salir de la tienda, dijo al zapatero:

—Sí, os pagaré vuestro julio cuando sea Papa, y me comprometo á pagar esta deuda lo mas pronto posible.

Cuarenta años habian pasado despues de esta aventura. El Papa Gregorio XIII habia muerto, y acababan de elegir para sucederle, al hábil cardenal de Montalto, que tomó el nombre de Sixto V, y de anciano y achacoso que parecia, se trasformó desde el momento de su eleccion en un hombre en todo el vigor de su madura edad. El nuevo Papa se acordó de que tenia una deuda que pagar, y llamando á uno de sus mas inmediatos servidores, le habló algunas palabras en voz baja.

Pocos dias habian pasado cuando presentaron delante de Sixto V á un pobre maestro zapatero todo trémulo, pues temia haber dado involuntariamente algun motivo de disgusto á Su Santidad.

—Vamos, hombre, al fin te han encontrado, exclamó el Papa. Acércate, que tenemos que hablar; pero antes de todo, ¿me reconoces?

—No, santísimo padre.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Esta es la verdad.

—Consulta bien tu memoria. ¿Mi rostro, te es enteramente desconocido?

—Es la primera vez que contemplo vuestra augusta persona.

—Te engañas: me has visto otra vez hace ya mucho tiempo. Yo soy aquel pobre estudiante que te quedó á deber un julio, y que te prometió que te le pagaría cuando fuese Papa.

Volviéndose en seguida hácia su mayordomo, le dijo:

—Entregad á este buen hombre un julio y además los intereses que ha devengado durante cuarenta años. Pero esto no basta, he sabido que tienes hijos.

—Santísimo padre, tengo uno que quiere ser sacerdote.

—Díle de mi parte, que si tiene talento y observa buena conducta, le reservo un obispado. Así es como Sixto V paga las deudas de Félix Peretti. Yo era un pobre guardador de ovejas, y un buen religioso se convirtió en protector mio por un pequeño favor que le hice. Otro pequeño favor que tú me has hecho, va á labrar la fortuna de tu hijo. Ya ves como una buena accion no queda sin recompensa.

LA VIRILIDAD.

1585.

Las salas del palacio pontificio se iban llenando con la muchedumbre que acudia ansiosa de todas partes para rendir homenaje al primer soberano de la tierra. El nuevo pontífice de nadie se olvidaba: con una palabra benévola colmaba de alegría el corazon del rico, y con palabras de consuelo hacia renacer la esperanza en el corazon del pobre. La facilidad de sus modales, y la nobleza de su presencia, excitaban el entusiasmo universal, y todos consideraban con admiracion y respeto á un hombre, que ya era el representante de Dios en la tierra.

Al través de la muchedumbre, y sin cuidarse de sus sordos murmullos, una mujer llegó hasta los piés de Sixto V. Dicha mujer estaba suntuosamente vestida; pero su aire ridículo y su fisonomía vulgar, contrastaban de tal modo con la brillantez de sus adornos, que á pesar del respeto debido al pontífice, los señores que le rodeaban no pudieron reprimir una sonrisa burlona. La desconocida traía un vestido de damasco, formando enorme tontillo alrededor de su grueso talle: el cuello vuelto y las boca-mangas de fino encaje, hacían extraño contraste con sus manos callósas y su pecho tostado por el sol, la toca, ó mas bien casquete de terciopelo negro que llevaba en la cabeza, formaba una punta exagerada en medio de la frente, y se sostenia con mucha dificultad sobre los altos tacones de sus chapines bordados de perlas. En fin, á la legua se conocia en ella una mujer ordinaria, que se empeñaba en imitar los modales y remedar á las grandes señoras, lo mismo ni mas ni ménos que una mona que se pone los vestidos de su ama.

Al presentarse tan extraña figura, el pontífice permaneció inmóvil y silencioso, de modo que la desconocida, viendo que no decia una palabra, tomó por su cuenta el hablar, creyendo que disimulaba la vulgaridad de su lenguaje, con algunas palabras que en él introducía á estilo de corte.

—Santo padre, exclamaba, ¿no me conocéis? Yo soy Teresa Peretti, vuestra hermana, y vengo á daros la enhorabuena porque os han elegido Padre Santo.

—En efecto, respondió Sixto V, tengo una hermana que se llama Teresa; pero esta no es una gran señora, todo lo contrario, es una sencilla aldeana acostumbrada al humilde vestido y á la vida modesta del campo, y tiene demasiado juicio para querer disfrazar su honrada posiccion, con los vanos adornos de la opulencia.

—Yo me habia figurado que la hermana del Papa no debia afrentarle presentándose en traje de aldeana, y además, ¿no soy yo noble y rica en el hecho

mismo de ocupar mi hermano un puesto tan elevado?

—Señora, os empeñais en que sois hermana mia y yo no os reconozco como tal: id á decir á Teresa Peretti, que su hermano nunca se avergonzará de ella miéntras permanezca en la humilde posiccion en que Dios la colocó. La verdadera nobleza es la nobleza del corazon. No me han elegido Papa para que vierta los tesoros de la Iglesia en los cofres de mi familia; si así lo hiciera, abusaria de mi soberano poder y mereceria la desaprobacion de los hombres. Así como creo que sin ser vituperado, puedo pedir á Dios el permiso de asegurar la suerte de mis parientes, así tambien creo que seria digno de vituperio, si con imprudentes liberalidades fomentase su orgullo.

—Fingís no conocerme, contestó la mujer con despecho, porque os recuerdo nuestro humilde origen. Félix, sois un mal hermano, y si os creéis superior á todos los hombres, en el cielo hay quien os pedirá cuentas y os juzgará.

—Luego que hayais meditado lo que acabo de decir, ya os avendreis á la razon. Acordaos que abriré mis brazos á Teresa Peretti, cuando se presente á mí como siempre la he conocido.

La fingida señora se retiró llorando. Al dia siguiente el pontífice se paseaba por las vastas galerías del Vaticano, escuchando las súplicas de los unos y los cumplimientos de los otros, cuando un paje llegó á decirle, que una aldeana porfiaba extraordinariamente por presentarse á Su Santidad.

—¿Qué entre al instante, dijo Sixto V, mis hijos son iguales á mis ojos, y lo mismo recibiré á una aldeana, que á una gran señora.

Presentóse entónces la mujer de la víspera; pero ya no venia llena de ridículos adornos, y su modesto pañuelo de lino y su humilde saya de lana, la sentaban mil veces mejor que el vestido de damasco y todos los diges de la víspera.

—Santo padre, dijo adelantándose con timidez, vengo á pedir os perdon por las imprudentes palabras que dije ayer; confieso que fueron mal dichas y sufriré con gusto el castigo que por ellas merezca.

Púsose en seguida de rodillas delante de Sixto V, pero éste, levantándola al instante y abrazándola con efusion, exclamó:

—Si, hermana mia, estás perdonada: nada tienes que temer, porque yo te amo, y nadie es riguroso con la persona que ama. Ahora sí que te conozco y estoy contento de tí, porque eres una digna y honrada mujer: has comprendido que las virtudes son un adorno que todo el mundo admira; un adorno que lo mismo embellece al pobre que al mas rico, al paso que las galas mundanas solo convienen á los que se han acostumbrado á ellas.

LA VEJEZ.

1590.

Abrióse una mañana una puerta excusada del palacio pontificio, y por ella salieron dos ancianos en traje de pastores. Estábales esperando un borriquito con un pellejo de vino, y con este equipaje se dirigieron hácia la montaña. En la fisonomía de uno de los ancianos se pintaba la inteligencia y el valor; pero en la del otro no se pintaba mas que el miedo. Su agitacion crecia por momentos á medida que caminaban, y despues de mucho titubear, se aventuró á decir estas palabras:

—Me temo que Su Santidad va á exponer su preciosa vida en esta empresa.

—¿Qué es lo que decís, Pedro? contestó el otro pastor con voz severa: si hubiera creído la empresa indigna de mí, no la hubiera acometido: siempre es glorioso hacer bien. Esos bandidos infestan mis Estados, roban y asesinan á mis súbditos..... ¡y nadie consigue pillarlos! Hoy hemos de ver si el Papa es mas hábil que sus soldados.

Pedro no replicó una palabra y siguió andando con visible temblor, lamentándose interiormente de los proyectos de su ilustre señor. En cuanto á Sixto V, no manifestaba la mas mínima inquietud: su traje rústico y los sitios por donde pasaba, le traian á la memoria los años de su infancia y la épo-

ca en que siendo pastorcillo dirigia su rebaño por medio de las praderas; y al verse tan encumbrado, despues de haber estado tan bajo, sonreia con aire de satisfaccion.

De improviso agudos silbidos resonaron en la montaña, y varios ladrones de mala catadura é imponentes armas se presentaron delante de los viajeros. Pedro se quedó pálido y estático; pero el Papa no se alteró.

—¿Adónde vais vosotros? preguntó ásperamente uno de aquellos facinerosos.

—Somos unos pobres aldeanos que llevamos á vender esa carga de vino de Falerno.

—¡Hola! ¿con qué es vino Falerno? pues haced cuenta que ya le habeis despachado, y aun el borracho va á quedar agradecido, porque le aliviarnos del peso que lleva. Vamos pronto, á descargar el burro y si nó..... El bandido enseñó sus armas en señal de amenaza y los dos pastores tuvieron que hacer sin chistar cuanto los ladrones mandaron, y seguirlos á su caverna. Apénas aquellos miserables se creyeron en paraje seguro, empezaron á comer y á emborracharse con el exquisito vino. Sentados en un rincon de la cueva Sixto V y Pedro su confidente, estaban atentos á cuanto pasaba.

—Por mucho que se afane Sixto V, decia el capitán, nunca logrará cogernos. Nosotros somos ya zorros viejos y no nos dejamos coger en el lazo que nos tiende el cazador.

—A mí me parece, decia otro, que el Papa no tiene tanto talento como le atribuyen.

—¡Bah! Rodolfo, ¿cómo quieres tú que el Papa sepa tanto como un ladrón? Este es nuestro oficio, engañar al mundo.

—A la verdad que no hay vida como la nuestra. Aquí no hay que trabajar para ganar la renta, sino aprovecharse del caudal de otro, y en nuestras manos los diamantes de los señores se trasforman en oro. ¡Esta sí que es trasformacion! ¡Viva nuestro ilustre capitán y su cuadrilla no ménos célebre! Camaradas, se os permite brindar á nuestra salud con vuestro exquisito vino.

El Papa y su confidente hicieron que bebían, pero arrojaban por detras de la espalda cuanto contenian los vasos. Poco á poco cesó la conversacion, los ladrones solo articulaban de vez en cuando palabras ininteligibles, y á medida que el sueño se iba apoderando de ellos, ó se tendian por el suelo, ó fijando los codos sobre la mesa apoyaban la cabeza en sus anchas y nervudas manos. Cuando el Papa estuvo bien seguro de que todos quedaban durmiendo, se levantó diciendo:

—Ya nada hay que temer y es seguro el resultado de mi proyecto: una buena dosis de ópio que he mandado echar en el pellejo de vino, los pone en mi poder. El negocio está bien empezado y la justicia le terminará, porque la policia está avisada y va á llegar de un momento á otro.

Efectivamente, presentóse en breve un peloton de gente armada, que despertando á los ladrones de un modo poco agradable, los ató codo con codo, llevándoselos á la ciudad donde fueron juzgados y castigados.

Ya veis, queridos niños, los resultados que consigue el que desde su primera edad, que es la época mas propicia, se aficiona al estudio, funda en él sus esperanzas y sigue con perseverancia un noble designio. No solo con el ejemplo de Sixto V, sino con el de otros muchos hombres célebres, os pudiera probar lo que dice Ciceron, á saber, que las letras nos forman en la juventud, nos sirven en la edad madura y nos deleitan y recrean en la vejez.

El andaluz en Pekin.

(FABULA.)

Por quererse lucir hablando en chino,
Cuándo apénas sabia hablar romance,
Ocurrióle en Pekin cierto percance
Al andaluz Paulino;
Y le estuvo muy bien.—Oid el lance.—

Dos chinas, ambas madres y ambas bellas,
Divertian sus cuitas y querellas
Cada cual con su niño,
A quien mostraban singular cariño.
Viólas el andaluz, y vió con ellas
A los maridos de ambas; y creyendo,
Por lo que estaba viendo,
Que eran todos *compadres y comadres*
Como se entienden allá en Andalucía,
Quisoles indicar con un saludo
Que comprendia el amistoso nudo
Que enlazaba á los cuatro, y no sabia.
Entónces dijo para sí: «¡qué diablo!»
¿No es *compadre* y *co-padre* un nombre mismo?
Pues sin más embolismo,
Digo *co* lo primero, y luego hablo:
Y pues ellos son chinos y ellas chinas,
En lugar de *co-padres* y *co-madres*,
Los llamaré *co-chinos* y *co-chinas*»

Y dicho y hecho: el andaluz liviano
Saludóles así, sin mas cumplidos;
Pero uno de los chinos aludidos
Que entendia muy bien el castellano
(Habia sido cónsul en Jadrake),
Dijo: «¿así nos saluda el badulaque?
¡Pues por Dios que me gusta la llaneza!»—
Y sin gastar más tiempo ni razones,
Le rompió de un trancazo la cabeza.

—«¡Ay! dijo el andaluz, al verse herido;»
¿Quién diablos me ha metido
A encolar con mi *co* distintas tablas,
Cual carpintero encolador de tablas?»—

*Y yo digo á mi vez: «¿y quién le mete
Al que el francés en castellano copia,
Hilos á introducir de lengua ajena
En el telar y urdimbre de la propia?»
Tanto atrevido traductor pelmazo,
¿No merece tambien un buen trancazo?»*

EL PORVENIR.

¿Por qué inclinar la frente cuando la inquietud viene á turbar sus ensueños? ¿Por qué dejarse vencer de pueriles temores? ¿Por qué abrir las puertas del corazón á la desconfianza? No, no hay que confesarse vencido; tenemos por el contrario que luchar con ardor, pues el premio de la constancia, será una corona de triunfo. Si todos nuestros esfuerzos van á embotarse contra la rudeza de la suerte, entónces tendremos por lo ménos el honor de haber combatido.

Es preciso tener fé en el porvenir, porque la fé salva. Si acaso no vemos mas que niebla en el horizonte, no desmayemos; ántes por el contrario, marchemos recto hácia allá y rasguemos esas brumas.

«No tengo porvenir,» direis acaso. ¿Y quién es el que lo tiene? El que se lo labra; pues lo que uno hace, puede hacerlo otro.

La fé es al alma lo que al marino la estrella polar; él surca en su movible alcázar la extension de los mares y mira diariamente descender el sol al ocaso y apagar allí sus rayos luminosos; viene la noche con su cortejo de mundos y en medio de ellos la luna, argentando los líquidos crespones que envuelven la embarcacion; el marinero entona suaves cantares, siguiendo con la vista la estela de diamantes que va dejando tras sí. Mas un dia, se percibe en lontananza un punto oscuro que crece por momentos; y cuando llega la noche, nubes pardas entoldan todo el cielo; se alzan, caen y ruedan sobre cubierta las olas encrespadas, como ansiosas de devorar cuanto se atreve á surcar sus cristales fugitivos; los relámpagos deslumbran la vista; los rayos cruzan de una á otra nube y la naturaleza ha perdido al parecer todo su equilibrio; pero pasan algunas horas y viene la dulce calma á sonreír sobre el mar; el marino no sabe dónde se halla y recorre con la vista la ya tranquila bóveda del cielo; de repente se detiene su mirada, porque halló lo que buscaba. La estrella polar luce en el firmamento y le marca con sus rayos la ruta que debe seguir.

Así tambien en el mar agitado de la vida, suele parecer que el porvenir se cierra para siempre; entónces, léjos de desanimarnos, debemos seguir nuestro camino buscando entre las brumas la blanca estrella de la fé. Debemos erguir la frente, esa frente que el Autor de todas las cosas marcó con un sello sublime, la inteligencia, para que vengan á reflejar sobre ella los efluvios de aquel astro salvador.

ANGELA LOZANO.

Mayo 11 de 1874.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION QUINTA.

De las narraciones.

I

Como el objeto de la narracion es imponer á otros de un hecho ó anécdota cualquiera que haya de interesar su atencion, y como el que oye desea desde luego llegar pronto á un cabal conocimiento de aquello que se le refiere, repugnando todo lo que puede oscurecer su inteligencia ó hacerle esperar innecesariamente, el narrador debe usar siempre de un lenguaje fluido, sencillo y breve, y omitir toda circunstancia inconducente, toda disertacion intermedia, y en general todo aquello que embarace ó alargue su discurso.

II

La narracion debe ser espiritual y animada, para que no decaiga ni se entibie el interes de los oyentes; empleándose en ella cierto ingenioso y discreto artificio, de manera que los hechos que se refieren se representen vivamente á la imaginacion. Para esto es indispensable que los incisos y períodos sean mas ó ménos cortos, segun que las cosas hayan pasado con mayor ó menor celeridad; que se imite en lo posible el lenguaje de las personas cuyos razonamientos se reproducen, y que la locucion se adapte perfectamente á la naturaleza de los acontecimientos.

III

Las exposiciones preliminares deben ser cortas, y contraerse exclusivamente á aquellas noticias que sean indispensables para la inteligencia de lo que va á referirse. Nada hay mas desagradable y fatigante que un preámbulo difuso y minucioso, cuando se aguarda con interes ó curiosidad el asunto principal de la narracion; y un narrador entendido y discreto, difiere, por el contrario, algunos datos explicatorios que los hechos requieran, para despues que ha satisfecho la ansiedad que ha llegado á descubrir en sus oyentes.

IV

Igual consideracion debe obligarnos á reducir á estrechos límites la parte descriptiva de las narraciones. A veces es imposible tomar un conocimiento exacto de los sucesos, sin tener por lo ménos una ligera idea de los usos ó costumbres de un pueblo, del carácter ó fisonomía de una persona, de la disposicion en que estaban ordenados ciertos objetos, de la topografía de un lugar, de la vista de una ciudad, de un campo, de un sembrado, etc., etc. Mas en ningun caso debe perderse de vista un solo instante que la descripcion que se haga no es asunto principal del discurso, y que ella no debe ir nunca mas allá de la necesidad de ilustrar la atencion de los oyentes.

V

La edad, el carácter, y las demas circunstancias de las personas que nos oyen, pueden á veces influir

en la mayor ó menor brevedad de las narraciones. Los detalles demasiado minuciosos, fastidian á las personas de edad proveya, y á aquellas que han elevado su espíritu á mucha altura en alas de las ciencias ó de las bellas artes; mas no siempre son oídos con disgusto por los jóvenes, y por aquellos que solo poseen una mediana instruccion.

VI

Jamás emprendamos una narracion, sin estar seguros de que recordamos perfectamente todo lo que vamos á referir; pues es molesto y pesado que nos detengamos en medio de ella para recorrer en silencio la memoria, y altamente ridículo el tener al fin que renunciar á nuestro propósito, cuando, por haber olvidado enteramente algunos puntos importantes, nos vemos en la imposibilidad de continuar.

VII

Cuando la persona que narra se detenga algunos instantes, tratando de recordar algo que ha olvidado y que nosotros sepamos, abstengámonos de auxiliar su memoria, especialmente si fuere superior á nosotros; mas sea ella quien fuere, si su detencion se prolongare, ocurramos discreta y delicadamente á sacarla del embarazo. Y cuando veamos que ha cometido la imprudencia de emprender una narracion que no puede continuar, apresurémonos, si conocemos el hecho, á acabarlo de referir, á fin de libertarla de la pena que experimentaria al dejar frustrada la atencion de los oyentes.

VIII

Podemos añadir algo á lo que otro ha referido, cuando se trata de una materia importante, y estamos en posesion de datos que se han omitido y pueden servir para ilustrarla con provecho de los oyentes; mas para esto es necesario que tengamos alguna confianza con la persona que ha hecho la narracion, y que además nos excusemos con ella cortesmente, por la libertad que vamos á tomarnos de ampliar su discurso.

IX

Solo entre personas de íntima confianza, y en muy raros casos, puede sernos lícito advertir las inexactitudes en que haya incurrido la que ha referido algun hecho, y esto, pidiéndole el debido permiso. Pero cuando las inexactitudes sean notablemente ofensivas á una persona ausente, podemos en todas ocasiones tomarnos la libertad de demostrarlas, valiéndonos siempre de las palabras mas atentas, y alejando toda idea de increpacion á aquel que ha hablado contra la realidad de los hechos, aun cuando tengamos motivos para sospechar que su intencion no ha sido enteramente sana.

X

Cuando advirtamos que el hecho cuya narracion emprendemos, es conocido por una de las personas presentes que sea superior á nosotros, excitémosla á que lo refiera ella misma; mas en caso de negarse, no insistamos ni una sola vez en nuestra excitacion, pues la prolongacion de tales cumplidos y excusas, mantendria desagradablemente suspensa la atencion de los circunstantes.

XI

No recomendemos nunca el mérito de lo que vamos á referir, especialmente cuando se trate de un asunto chistoso. Nuestra recomendacion, léjos de añadir importancia á las cosas, podria mas bien atenuar la que realmente tuviesen, porque la imaginacion del hombre le hace casi siempre encontrar pequeño lo que se le ha ponderado como grande.

XII

Evitemos el reirnos en medio de la relacion que hagamos de un suceso chistoso, cuando nuestros oyentes se mantengan serios.

XIII

Jamás llamemos la atencion de una sociedad, para referir hechos demasiado conocidos ó que estén

circulando impresos; á ménos que tengamos la seguridad de que son ignorados por la mayor parte de los circunstantes, ó que expresamente se nos excite á referirlos.

XIV

Las anécdotas chistosas sirven en sociedad para comunicar animacion y amenidad á la conversacion; pero guardémonos enteramente de introducir las en los círculos de etiqueta, y tengamos gran cuidado de hacerlo con prudente parsimonia en los de poca confianza, y de no prodigarlas ni en los de mucha confianza.

XV

Los que contraen la costumbre de alimentar la sociedad de anécdotas chistosas, manifiestan un entendimiento vacío y un carácter poco elevado: la reputacion que llegan á adquirir tan solo les sirve para alejarles la consideracion y el respeto de las personas de juicio; y al fin concluyen por hacerse pesados en todas partes, pues agotando el caudal de lo verdaderamente gracioso, tienen que echar mano de ocurrencias insípidas y aun de sandeces.

XVI

No es libre, por otra parte, referir anécdotas cualesquiera ni de cualquier manera: es necesario que ellas nazcan del tema de la conversacion, que sean verdaderamente agradables por su novedad, gracia y agudeza, y que no ocupen por largo tiempo la atencion de los circunstantes; requiriéndose, además, que nos sintamos con las dotes que son indispensables para hacer resaltar el mérito de lo que contamos con el artificio y donaire del relato.

XVII

Cuando en un círculo se hayan referido consecutivamente anécdotas por dos diversas personas, no emprendamos nosotros referir otra inmediatamente, porque de este modo se comunicaria á la sociedad cierto carácter frívolo y pueril. Solo nos seria lícito quebrantar esta prohibicion, cuando el mérito de nuestra anécdota fuera tan sobresaliente que pudiéramos tener la seguridad de excitar en nuestros oyentes un particular interes. Una cuarta persona no deberá jamás permitirse otro tanto.

XVIII

Antes de resolvernos á referir un hecho ó anécdota cualquiera, pensemos si bajo algun respecto puede ser desagradable á alguna de las personas presentes, ó á sus allegados ó amigos, pues en tal caso deberemos desistir enteramente de nuestro intento.

XIX

No es una falta el nombrar á las personas que han intervenido en el hecho que se refiere, cuando sus acciones han sido evidentemente buenas y recomendables; pero si éstas han sido malas, deberán silenciarse absolutamente sus nombres. Y téngase presente que á veces la misma naturaleza de un hecho, ó las circunstancias que lo acompañan, dan á conocer á sus autores, aun cuando no sean nombrados.

XX

Seamos muy circunspectos para transmitir noticias políticas, ó de cualquiera otra especie, que hayan de circular desde luego y puedan llegar á comprometer nuestra responsabilidad moral; y cuando, atendidas todas las circunstancias, la prudencia nos autorice para ello, limitémonos cuidadosamente á ser fieles narradores, sin incurrir en la grave falta de exagerar ó desfigurar los hechos.

XXI

Por regla general, jamás nos hagamos órgano de noticias que no hayan venido á nuestro conocimiento por conductos seguros y fidedignos, ó que evidentemente carezcan de verosimilitud.

XXII

Tengamos especial cuidado de no referir mas de una vez á una persona una misma cosa; y aun en

los casos en que estemos seguros de que aquella con quien hablamos no ha oído de nosotros el hecho que queremos referirle, pensemos que acaso lo conoce tanto como nosotros. No es difícil que recordemos en cada ocasion, lo que hemos referido á las personas con quienes tenemos un trato íntimo y frecuente; y respecto de las demas, procuremos, ántes de entrar en la relacion de un hecho, averiguar prudentemente si lo ignoran.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Ninguna posicion, ninguna dignidad, puede sustraernos al deber de la obediencia y el respeto filiales; y en verdad, los que poseen elevada posicion deben dar el ejemplo á los inferiores.

La obediencia filial se extiende hasta el cielo, á cuyas leyes inmutables se asemeja.

Se extiende á toda la tierra, de cuya fertilidad es imágen.

Así como es el hombre la mas noble de todas las creaturas, así la mas digna de todas sus acciones es el honrar á sus padres.

El que honra realmente á sus padres, les honra en su casa, acude con gusto á todas sus necesidades, y llena estrictamente los fúnebres deberes.

Un príncipe llega al mas alto grado de su grandeza cuando logra extender en todo su reino el amor filial y la obediencia, por medio de su ejemplo.—*Libro chino, «Hiacking.»*

No hay mayores beneficios que los que los padres prodigan á sus hijos.

Un sagrado respeto debe asegurarles contra la ingratitude por parte de sus hijos.

No hay palabras que puedan expresar la satisfaccion de poder decir: «He obedecido fiel y alegremente el mandato de mis padres, ya fuese racional ó irracional.» Pero este modo de obrar no debe concretarse al período de la juventud, pues así todos los esfuerzos del amor paterno serian tan inútiles como la semilla á que no se dedicara ningun cuidado despues de sembrada.

El valor de los servicios prestados por los padres y los maestros, no se puede pagar con dinero.

Debemos tener en tanto al maestro que nos enseñó cuanto pudo y despertó nuestras torpes potencias, como al médico bienhechor ó á nuestros parientes mas cercanos y queridos.—*SÉNECA.*

Deben los hijos amar á sus padres como á los autores de su existencia. Les deben, como á los dioses y á los ancianos, el mas profundo respeto; porque ningun respeto puede pagar los beneficios de ellos recibidos.

Y en cierto modo, es el principal de los deberes cuidar y mantener á los padres en su ancianidad; es el interes que se paga por un capital prestado. Esto es aun mas importante, que el cuidado de nuestro propio sostén: es uno de los mas expresivos testimonios del amor de los hijos á sus padres.—*ARISTÓTELES.*

Los niños deben conocer que tienen deber de honrar á sus padres, pedirles consejo y cumplir sus deseos.

Nada en el mundo puede ser mas laudable que el honrar á nuestros padres y mostrarles nuestra gratitud. La razon natural nos dice que despues del servicio de Dios, este es nuestro mas alto deber.

Aristóteles afirma que, á los dioses, á los padres, y á los maestros, no se les alcanza á pagar.

Estamos obligados á honrar á nuestros padres; pero no de modo que por eso se haya de faltar á Dios.

Los jóvenes deben guardarse cuidadosamente de la desobediencia y falta de respeto hácia sus padres; desgraciadamente hay muchos que cometen estas faltas contrayendo loca y ciegamente matrimonios que arrojan la vergüenza sobre ellos mismos, sobre sus padres y antecesores.—*LUTHERO.*